

Y ahora supera mi beso

Megan Maxwell

Esencia/Planeta

Capítulo 1



Madrid, cuatro meses después

¡Rojo!

El semáforo está en rojo y, como no cambie pronto, me va a pillar la lluvia.

Miro al cielo. No ha sido el mejor día para sacar mi moto, pero venga, una cosita: seré positiva y pensaré que la lluvia será buena conmigo y esperará a que llegue al lugar donde he quedado para cenar. Sin embargo, con lo cabrona que es la vida conmigo, me río yo de mi positividad...

Noto cómo vibra mi teléfono móvil en el bolsillo de mi pantalón.

¡Verde!

Apretando el embrague con la mano, meto primera con el pie y, tras soltar la palanca acelero, hasta meter segunda y tercera. Por suerte para mí, pilló el resto de los semáforos en verde. La lluvia y la vida son condescendientes conmigo y llego hasta el aparcamiento del restaurante totalmente seca.

Una vez que me quito el casco y me recompongo, vestida con un top de brilli-brilli que me regaló Mercedes, mis bonitos vaqueros y mis botas, me cierro la cazadora de cuero negra y saco el móvil. Estoy en una aplicación de ligoteo, y compruebo que tengo dos *match*: Andrés y Dani. ¡Qué monos!

Me guardo de nuevo el teléfono móvil en el bolsillo para escribirles más tarde y entro en el restaurante donde he quedado con

mis amigos. Es el cumpleaños de Leo, que me ha invitado junto a otros amigos, entre ellos Alessandro, un guapo periodista con el que siempre tonto y..., bueno, tengo claro que esta noche el tonto será algo más.

Al entrar, rápidamente los veo. Mercedes y Leo, mi familia de vida, están al fondo de la sala con los amigos de este último y, tras saludarlos con la mano, me fijo en Alessandro, que está cañón no, ¡lo siguiente!, y que me sonrío en cuanto me ve. ¡Mmm, me gusta!

En cuanto me acerco al grupo, enseguida abrazo a Mercedes.
—Hola, reina —saludo.

Mi maravillosa y loca amiga sonrío, y luego cuchichea mirándome a los ojos:

—¡Qué buenorra estás hoy!

Sin dudarle, asiento y ambas reímos. Hace tiempo aprendimos que nosotras somos monas y estupendas sin necesidad de ser cuerpazos diez y, oye, ¡tener la autoestima siempre alta es un punto extra!

Mercedes, como todo aquel que me conoce, sabe lo mucho que sufrí a causa de Óscar, mi ex. Pero eso ya casi se acabó. Me está costando, ¡pero lo estoy consiguiendo porque he decidido ser valiente!

Entonces, mirando a Alessandro, Mercedes hace un gesto de «un clavo saca a otro clavo», y yo, que la entiendo, musito:

—Excelente opción.

—¡Esta es mi chica! —se mofa.

Ambas reímos y luego ella añade:

—Más tarde he quedado con mi amor.

Su «amor» es María, la última novia de Mercedes, que, la verdad, es estupenda. Es diferente de todas las novias que ha tenido: es cálida, humana, cariñosa. Me cae muy bien, y a Leo y a Verónica también, y lo mejor es que sentimos que quiere a nuestra amiga como se merece. Por fin Mercedes ha encontrado a alguien que la respeta a ella y respeta sus sentimientos. Por suerte, ya se ha olvidado por completo de Dalila, una mujer que nunca la quiso de verdad y que incluso la llevó a hacer alguna tontería.

—Por tanto —continúa ella—, cuando diga de ir a tomar una copa a Melapela, necesito tu voto.

—Lo tendrás —afirmo consciente de que se refiere al pub de unos amigos.

Asiento al instante, y entonces ella canturrea sonriendo:

—Qué potentón es Alessandroooooo.

Oír eso me hace sonreír. Me van los morenazos de ojos negros y pelo oscuro. Vamos, que Alessandro es de la clase de hombres algo macarrillas con los que me enrolló cuando me viene en gana.

Cuando aquel nos mira, mi amiga cuchichea:

—Creo que esta noche vas a triunfar.

Asiento, sonrío y afirmo consciente de que yo soy de las que van a por lo que quieren:

—Tenlo por seguro.

Ambas reímos, nos entendemos a la perfección.

En ese instante Leo, el homenajeadó, se acerca a nosotras y yo digo abrazándolo:

—Felicidades, mi amor.

Leo sonrío. Sabe que lo de «mi amor» se lo digo de corazón, y cuando el abrazo acaba, al ver que sigo sonriendo y que Mercedes lo hace también, pregunta:

—¿Y esas sonrisitas de cachorrillas endemoniadas?

Mi amiga y yo nos miramos, y luego ella suelta:

—Porque esta noche..., y lo diré finamente, ¡follaremos!

Al oírnos Leo parpadea con rapidez, mira a nuestro alrededor para comprobar que no nos ha oído ninguno de sus amigos y, cuando se dispone a gruñir, añado:

—Y creo que tú deberías hacer lo mismo.

Él resopla, nos encanta picarlo con el tema sexo.

—Haced el favor de comportaros —murmura.

—Una cosita... —empiezo a decir.

Pero no puedo continuar pues al final los tres terminamos riéndonos.

—Echo de menos a Verónica —musita él a continuación—. Es mi primer cumpleaños sin ella.

Mercedes y yo asentimos. Nosotras también la añoramos. Los

cuatro formamos el Comando Chuminero, pero, por amor, Verónica se ha trasladado a vivir a Tenerife.

—Otra que estará follando con su morenazo —suelta ella entonces.

—¡Mercedes Romero, baja la voz y no seas tan ordinaria! —gruñe Leo.

Divertidas, nos reímos, no lo podemos remediar, y entonces Pili, la mujer de Leo, se aproxima a nosotros y me abraza. ¡Qué mona es Pili! Es encantadora y, lo mejor, quiere de verdad a Leo, y eso para mí es muy muy importante.

Ojalá que algún día yo consiga que alguien me quiera a mí, aunque..., bueno, con mi suerte, no sé, no sé...

Tras los besos y los arrumacos, nos unimos al resto del grupo y Leo me presenta a unos compañeros de trabajo. Cuando llego hasta Alessandro, como ya nos conocemos, simplemente nos acercamos y nos damos un casto beso en la mejilla.

¡Mmm, qué bien huele el *jodío!*

Diez minutos después pasamos a la mesa que el camarero nos indica y, como era de esperar, Alessandro se acomoda junto a mí, a mi izquierda. ¡Bien! Eso nos hace sonreír a Mercedes y a mí mientras Leo resopla consciente de lo que estamos tramando.

Antes de sentarme en la silla me quito la cazadora de cuero negra con todo el glamurazo que yo tengo cuando quiero. El top deja al descubierto mis hombros, y oye, ¡a lucirlos!, porque la celulitis que tengo en el culo..., esa mejor no la enseñe. Veo cómo Alessandro me observa con disimulo. Le gusta lo que ve y, cuando me siento en mi silla, él se apresura a decir:

—Me apetecía mucho verte.

Sonrío. Asiento. Y, consciente de que esta noche le voy a quitar esa preciosa camisa negra que lleva puesta a mordiscos, suelto:

—Pues aquí estoy.

La cena da comienzo y, junto a Mercedes, que está sentada a mi derecha, me pongo fina filipina de jamoncito ibérico del bueno y de todo lo que sirven. Por suerte tenemos buena boca y, oye, sinceramente, comer es un gran placer.

Tras la cena mi amiga sugiere ir a tomar una copa al Melapela y

yo secundo su propuesta. Alessandro también, y Leo y Pili se nos unen. En definitiva, ¡todos al Melapela!

Afortunadamente, al salir del local y mirar al cielo soy consciente de que ya no hay atisbos de lluvia, y, dirigiéndome hacia el aparcamiento del restaurante, voy a buscar mi moto. Alessandro me acompaña. Cuando ve mi preciosa Honda CB500F roja y negra se sorprende como la mayoría de los tíos, y eso me empodera. ¿Por qué los hombres creen que las mujeres no sabemos conducir motos? ¿Acaso no tenemos dos manitas, ojos, piernas y cerebro como ellos?

Veinte minutos después, y tras haber aparcado la moto en la puerta del local de nuestros amigos, Alessandro y yo entramos y nos reencontramos con el resto del grupo. Rápidamente diviso a Mercedes, que está hablando con María, y viendo su felicidad yo también soy feliz. ¡Me encanta la preciosa pareja que hacen! Solo hay que verlas para saber que tienen una conexión estu-penda.

Alessandro y yo nos acercamos. Como siempre, María nos recibe con su preciosa sonrisa. Pasamos un buen rato hablando con ellas y, en un momento dado en el que Alessandro y María hablan, Mercedes se me acerca y susurra:

—Es la mujer ideal para mí.

Asiento, estoy con ella. ¡Sí que lo es!

Durante un buen rato, en perfecta sintonía, todos bebemos, reímos, bailamos. Eso sí, yo no pruebo el alcohol. He de regresar a mi casa conduciendo mi moto y quiero cero problemas. Pero, vamos, que para pasarlo bien no soy de las que lo necesitan. A mí me pones música y del resto me ocupo yo.

Como siempre, mis amigos me animan a subir al escenario. Es un local de música en directo y karaoke, aunque hoy esté pinchando un DJ. Soy la cantaora petarda que siempre ameniza las fiestas. Y, bueno, como no se me da mal cantar, voy a tirar del karaoke; al verme, el DJ para y entono una cancioncita para Leo, el cumpleañosero.

Le canto su tema preferido de Gloria Estefan: *Con los años que me quedan*, que es la canción de él y su mujer. Una preciosa y ro-

mántica balada para mi romántico amigo, que baila con Pili mientras yo disfruto cantándola y mirándolos.

¡Qué bonito tiene que ser quererse así!

¿Por qué no consigo yo tener mi propio final feliz?

Minutos después, tras acabar de cantar, estoy charlando con Mercedes y María cuando comienza a sonar una melodía por los altavoces del local y, viniéndonos arriba, salimos a la pista a bailar el *SloMo* de nuestra maravillosa Chanel. ¡Qué bien lo hizo en Eurovisión! Y cuánto se merecían ella y sus bailarines ese primer puesto. Aunque, bueno, para mí lo tienen, como lo tiene para mucha gente. ¡Viva Chanel!

Entre risas, Mercedes, María y yo disfrutamos a tope en la pista mientras nos sentimos como Chanel. Y yo, que soy una bailonga, lo doy todo. ¡Hay que ver lo que me gusta bailar!

Tras esa canción suena *Ay, mamá*, de Rigoberta Bandini, un tema que odio y quiero a partes iguales por mi situación personal, pero que entiendo que se haya convertido en un himno feminista, algo que yo soy y a mucha honra. Y nos venimos de nuevo arriba mientras gritamos a pleno pulmón eso de que no sabemos por qué dan tanto miedo nuestras tetas. ¡Que vivan nuestras tetas!

Entre risas, baile y diversión pasamos la siguiente hora hasta que, de pronto, siento que el cuerpo se me corta al ver entrar en el local a Óscar, mi ex. ¿Qué narices hace aquí, con lo grande que es Madrid?

Pensar en él me desestabiliza, pero verlo más aún.

Lo observo sin que él me vea. Qué guapo se pone cuando sonrío... Entonces se besa con una chica rubia. Ver eso, aunque casi lo tengo superado, todavía me pica, y pienso que esa debe de ser la novieta que su madre, Encarnita, me dijo que tenía.

Óscar no me ve. Por suerte, va con un grupo de gente que no conozco y se instalan lejos de mí. Pero mi lado masoquista no me deja apartar los ojos de él mientras siento que su presencia me desestabiliza. ¿Por qué seré así de idiota?

Bebo de mi vaso con avidez hasta que Leo y Mercedes se me acercan con gesto de preocupación.

—Sí, lo sé. Óscar está aquí —digo mirándolos.

—¿Estás bien? —pregunta Mercedes.

Asiento sin dudarle, pero segundos después, cuando veo cómo vuelve a besar a la rubia que va con él, murmuro:

—¡Joder!

Mis amigos se miran. Sufren por mí.

Pero ¿por qué me siento mal? ¿Por qué verlo me perturba?

Y, dispuesta a que mi noche y, en especial, la noche de Leo no se tuerzan, saco esa fuerza que sé que tengo en mi interior, sonrío y, mirando a Alessandro, que está hablando con Pili en la barra, exclamo:

—¡Pasémoslo bien!

En ese momento, y como caídos del cielo, Pili y Alessandro se acercan a nosotros, y rápidamente nos sumergimos en una divertida conversación. Eso hace que me olvide de que mi ex está aquí, hasta que de pronto suena la preciosa canción *100 años*, de Carlos Rivera y Maluma. Escucharla me hace sonreír. Mercedes también se ríe. Ambas hemos cantado esa rancherita de desamor muchas veces por culpa de nuestras antiguas parejas, Dalila y Óscar; en especial el estribillo, que dice eso de que aunque digan que no hay mal que dure más de cien años. Pero ambas tenemos claro que no queremos ser las primeras idiotas en comprobarlo.

—¿Bailamos? —me pregunta de pronto Alessandro.

Enseguida le digo que sí. Quiero bailar. Quiero pasarlo bien. Quiero pasar de Óscar.

Gustosa, disfruto de la compañía de Alessandro mientras bailamos. Ni él está enamorado de mí ni yo de él. Simplemente nos atraemos, y ambos sabemos que es muy posible que esta noche esa atracción vaya a culminar.

Tras esa canción va otra. Y tras esa, otra más. Durante un rato Alessandro y yo charlamos. Nos seducimos.

Pero de pronto comienza a sonar *Qué ironía*, de Thalia y Carlos Rivera y yo me cago en todo. ¿Por qué? ¿Por qué tienen que poner precisamente esa canción que tanto le gusta a Óscar?

Intento no pensar en él, olvidarlo. Pero de pronto noto una mano en mi hombro y, al mirar y encontrarme de frente con Óscar, no sé qué decir.

—¿Bailas conmigo, Cosita Linda? —me pregunta.

Uf, madre mía, madre mía..., lo que me entra por el cuerpo. ¿Por qué tiene que llamarme de ese modo? ¿Por qué tiene que acercarse a mí? ¿Por qué no me deja vivir y recomponerme?

El tacto de su piel sobre mi piel, su mirada, la canción... Estoy desconcertada. Mucho. Creía que no me había visto. Y entonces, sintiendo la mirada de Alessandro, e intentando no perder mi sonrisa, indico incapaz de rechazarlo:

—Voy a bailar con este amigo.

Alessandro asiente y sonrío. No me conoce lo suficiente como para leer mis gestos. Y cuando Óscar pasa la mano por mi cintura yo lo miro.

—¿A qué viene esto? —pregunto.

Óscar ríe y, con esa manera de ser suya, responde:

—He visto tu moto aparcada en la entrada.

Maldigo. No debería haber aparcado en la puerta.

—He pedido que pusieran esta canción —añade él a continuación.

¡Joder!

Una parte de mí querría partirle la cara, pero otra parte no. Inexplicable pero cierto. ¡Soy idiota! ¡De remate! Óscar es el tío que más daño me ha hecho en mi vida, pero aquí estoy, bailando esta canción mientras Leo y Mercedes me hacen gestos para que me aleje de él.

Pero no puedo. Ahora que estoy entre sus brazos, mi propio cuerpo no obedece a mi razón, y finalmente bailo mientras la letra de la canción me dice lo tonta y estúpida que soy.

Bailamos en silencio hasta que él me mira y dice:

—Cosita Linda, estás muy guapa.

Lo miro. Ay, Dios... Pero intentando contenerme, respondo:

—Gracias por el pipopo, pero, si no te importa, deja de llamarme de ese modo.

Óscar sonrío. Me conoció en un chat hace casi cinco años por ese ridículo nombre.

—Siempre te gustó —cuchichea.

Resoplo. Me están entrando los siete males. Soy tonta. Imbécil.

Este tío es un puñetero sinvergüenza, y cuando voy a decirle cuatro cosas, suelta:

—Hoy he hablado con mi madre.

Vale. Su madre, Encarnita, merece toda mi atención.

—¿Qué tal está? —pregunto preocupada.

—Bien, dentro de su estado —afirma—. Me dijo que fuiste el fin de semana pasado a Ávila a verla.

Asiento. La madre de ese sinvergüenza es la mujer más maravillosa que he conocido en mi vida. Todo lo malo que tiene Óscar lo tiene de bueno su madre. Encarnita es una mujer que durante el tiempo que estuve con su hijo me trató mejor que Luisa, mi madre biológica, me cuidó más que él, y me niego a apartarla de mi vida: primero, porque la quiero y ella me quiere, y segundo, porque está enferma y en todo lo que yo pueda ayudarla, ahí estaré para ella.

—Te echo de menos.

Según suelta eso, estoy por partirle la cara.

Oy... Oy... Oy... Odio que me chantajee de ese modo. Lo sabe. Pero aun así sigue haciéndolo.

—Si tú quisieras —añade—, yo...

—No —lo corto.

—Una última oportunidad —insiste.

Suspiro. Resoplo. Volver con él sería mi gran error. Y, conteniendo la mala leche que esto me provoca, murmuro:

—Mira, Óscar, una cosita...

Cuando digo eso, se ríe y murmura:

—Uis, cielo, ya me conozco tus cositas...

Le voy a dar. Al final le voy a dar...

—Olvida lo que acabas de proponer y no vuelvas a mencionarlo siquiera —replico.

Me mira. Lo miro. Cuando nos mirábamos así terminábamos poseyéndonos como animales. Pero no, eso se acabó. Aunque sé que las últimas veces he sido yo la que lo ha utilizado a él para mi propio disfrute.

Estoy pensando en ello cuando suelta:

—Este fin de semana, Rosa y yo...

—¿Rosa?!

—Mi chica. —Asiento y él continúa—: Iremos a Ávila a ver a mamá.

¡Vaya tela!

Hace dos segundos me pide una nueva oportunidad y ahora me sale con lo de la tal Rosa... ¿Es para matarlo o no?

Tomando aire por la nariz, miro hacia la derecha e imagino que Rosa es la rubia que nos mira con atención.

—Cosita Linda —dice él entonces—. Te echo mucho de menos y...

—Por favor, Óscar, ¡vale ya! —protesto.

Él calla, noto que me mira de una manera extraña, y luego añade:

—Tengo que decirte algo que espero que no te tomes a mal.

Bueno, bueno, bueno... Cuando dice eso es para echarse a temblar. Aunque, en fin, después de todas las trastadas que me hizo mientras estuvimos juntos, nada de lo que diga me va a sorprender. Y entonces suelta:

—Rosa está embarazada y posiblemente nos casemos.

Según oigo eso siento cómo todo mi cuerpo se rebela. ¡¿Qué?! ¿Óscar se va a casar? ¿Y va a ser padre, cuando yo se lo propuse y me dijo que no? ¿En serio?

Ostras, ostras, ostras... ¡Pues sí que me ha sorprendido!

El estómago se me retuerce. Se me retuercen todos los músculos del cuerpo. No sé qué decir. No sé qué hacer. Solo sé que tengo que alejarme de este hombre o al final acabará conmigo.

Pero, vamos a ver, ¿cómo este sinvergüenza me suelta hace dos segundos que si yo quiero, y ahora me dice que va a ser padre y se va a casar? ¿Cómo se entiende eso?

Tomo aire por la nariz mientras, mentalmente, intento no comportarme como la de la película *Carrie* y quemar el local con mi furia. Durante un tiempo pensé que él era mi persona especial. El amor de mi vida. El padre de mis soñados hijos. Pero no. No lo es. Y con cada acción que hace me lo deja más claro.

Entonces, de pronto, con un hilo de voz consigo balbucear:

—Enhorabuena.

Óscar sonríe, niega con la cabeza e indica:

—Imagínate lo contenta que se pondrá mi madre cuando se lo diga. Siempre ha querido nietecitos.

Asiento, tiene razón. Encarnita siempre quiso tener nietos. Pero, conociéndola, y sabiendo lo mucho que me quiere, no sé si en este caso se alegrará. E incapaz de callar, pregunto:

—¿Cuánto tiempo llevas con Rosa?

—Cinco meses. Pero, oye, ¡muy intensos! —asegura.

Sin saber por qué, me río. Yo estuve cinco años con él. Y ahora, tras solo cinco meses con la tal Rosa, no solo se casa sino que también va a ser padre. Y susurro con acidez tocándome la cicatriz que tengo en la frente:

—Como dice la canción, ¡qué ironía!

Óscar no contesta. Me conoce, sabe que cuando me toco la cicatriz de la frente es mejor callar; cuando por fin la canción acaba, me aparto de él y digo tomando aire:

—Que seas muy feliz.

—Cosita Linda...

Me rebelo. Odio que me llame así. ¡Basta ya!

—Si vuelves a llamarme así, te tragas los dientes —siseo enfadada.

Y, sin más, me doy la vuelta y me dirijo hacia el baño. Necesito echarme agua en la cara para despejarme un poco o juro que, como Óscar se me vuelva a acercar, no voy a tener el control que he tenido.

Entro en el baño y antes de que la puerta se cierre Mercedes ya está ahí. Me mira en silencio y yo digo:

—Lo odio.

—Normal. Es un asco de tío.

—Se va a casar.

—¡¿Qué?!

—Y va a ser padre.

Mercedes parpadea. Su sorpresa es tan grande como la mía.

—¡Qué despropósito! —murmura.

Nos estamos mirando sin decir nada cuando de pronto la puerta del baño se abre y veo que entra la rubia que acompaña a Óscar. La tal Rosa me mira, me sonrío. Y yo no puedo hacer otra cosa que

devolverle la sonrisa. Ella no tiene la culpa de nada, y menos de haberse enamorado de un sinvergüenza como él. Así pues, me acerco a ella y digo:

—Enhorabuena, Rosa. Ya me ha contado Óscar.

De inmediato la joven me mira y repone:

—Disculpa, pero yo no me llamo Rosa. Soy Graciela.

Cuando dice eso cierro los ojos. Me toco de nuevo la cicatriz de la frente. ¿En serio? Y, dándome la vuelta, miro a Mercedes y cuchicheo:

—¿Es o no es para matarlo?

—¡Será cabronazo!

Y, sin poder contenerme, salgo del baño hecha una furia. Mercedes, que me conoce, se apresura a seguirme y susurra:

—Para, que te he visto tocarte la cicatriz de la frente.

Resoplo.

—¿Qué vas a hacer? —insiste mi pobre amiga.

Mi cabreo es tremendo. Pero ¿cómo puede tener tan poca vergüenza?

¿En serio le está poniendo los cuernos a Rosa, que está embarazada, con Graciela, y minutos antes me estaba tirando los trastos a mí? ¿En serio?!

Y sin contestarle a Mercedes, me acerco hasta Óscar, que al verme sonrío, y sin pararme a pensar, le suelto tal derechazo que siento que me he destrozado la mano.

¡Joder, qué daño!

Él da un traspíe hacia atrás. Me mira aterrado y yo, no contenta con eso, me acerco a él, le cojo los huevos con la mano derecha y retorciéndoselos con ganas, siseo ante su gesto de horror:

—¿Qué narices haces con Graciela si la que está embarazada es Rosa y te vas a casar con ella? ¿Y qué narices haces tirándome los trastos a mí? —Él no contesta. No puede—. Por Dios, Óscar, ¿cuándo vas a cambiar? ¿Cuándo vas a dejar de romper corazones? —Boquea como un pececillo asfixiado y yo añado—: Si vuelves a acercarte a mí o a llamarme «Cosita Linda», te juro que... que...

Óscar aúlla, grita de dolor. Por suerte, con la música tan alta que suena en el local no se le oye. Pone los ojos en blanco. Sé que lo que le

hago le duele más que el puñetazo que le he dado. ¡Que se joda! También me dolió a mí hasta el alma y a él le dio igual. Pero cuando siento que las piernas le flaquean, lo suelto. Él cae al suelo de rodillas y, cuando me mira y va a hablar, grito:

—¡Como digas una sola palabra, te tragarás la punta de mi bota! Y se calla. No dice nada. Me conoce muy bien y sabe que estoy muy muy enfadada. Dicho esto, me doy por satisfecha y me vuelvo, y Mercedes, que sigue ahí, afirma:

—Estoy por patearle los huevos.

Eso me hace reír. Sin duda, no tener a mi lado a un hombre como Óscar es lo mejor que podría pasarme. Y cuando Leo se acerca a nosotras junto a una sorprendida María, Mercedes suelta con mofa:

—Se ha tocado la cicatriz...

Leo me mira. Quien me conoce sabe lo que eso significa. Y yo, con gesto angelical, digo frotándome los nudillos de la mano derecha:

—Lo siento, pero no he podido contenerme. Me ha pedido una nueva oportunidad y, cuando le he dicho que no, me ha soltado que va a ser padre y se va a casar, y precisamente no es con la chica rubia con la que está ahora mismo.

Horrorizado, Leo mira a Óscar, que continúa en el suelo, con la tal Graciela de rodillas junto a él. Lo que digo: conociéndolo, le parecerá un horror.

—No sientas nada, cielo —dice en cambio—. Poco le has dado para lo que ese imbécil se merece.

Al oír eso sonríe de nuevo y, acercándose a Alessandro, que está hablando con el grupo, le quito la copa de las manos, él me mira y yo doy un trago. Cuando termino, pregunto deseosa de irme de aquí y de sexo para desfogarme:

—¿Me acompañas a casa?

Como imaginaba, él accede sin dudarle y, ante el gesto de sorpresa de Leo por mi descaró y la risa de Mercedes, nos despedimos del grupo y salimos del local.

Media hora después, tras conseguir que Alessandro casi se mee en los pantalones por la rabia que yo llevaba mientras conducía mi moto,

llegamos a mi casa, aparcamos en el garaje y subimos a mi piso. Al abrir la puerta mi perrete se acerca rápidamente y yo, agachándome, lo cojo entre las manos y saludo:

—Hola, *Tigre*.

El perro, que es negro y no pesará más de kilo y medio, se vuelve loco de felicidad ante mis mimos, y Alessandro se mofa mirándolo:

—Mucho nombre para tan poco perro...

Asiento sonriendo y, tras darle un beso a *Tigre*, lo dejo de nuevo en el suelo. Luego paso las manos alrededor del cuello de aquel y sugiero:

—¿Qué tal si tú y yo lo pasamos bien?

Alessandro asiente, se olvida del perro y, acercándome a su cuerpo, posa su boca sobre la mía y me besa.

Mmmmm, ¡sabía yo que iba a besar bien!

Un beso. Dos. Adiós, cazadoras. Tres besos. Cuatro. Adiós, top y camisa.

Mientras nos desnudamos lo conduzco hasta mi habitación. Menudos abdominales tiene Alessandro, ¡madre mía!

Al llegar, me quito el sujetador al tiempo que lo miro fijamente. Sé que tengo unos pechos bonitos, y cuando su boca va directa a ellos, cierro los ojos y me recreo. ¡Oh, sí!

Mientras disfruto del momento, mis manos desabrochan el cinturón de su pantalón, como él desabrocha el cinturón del mío. Los dos estamos ávidos de deseo, y creo que en esta ocasión vamos a pasar de los preliminares.

Me quito las botas, él se deshace de los zapatos y, segundos después, nuestros pantalones y nuestra ropa interior vuelan por la habitación. Él saca entonces un preservativo de su cartera, se lo pone a la velocidad de la luz y, cogiéndome entre sus brazos, guía su pene hasta el centro de mi deseo y se hunde en mí.

Mmmmm, ¡sí!

De pie en el centro de mi dormitorio, los dos nos damos gusto, nos movemos buscando nuestro placer y disfrutamos como dos locos mientras lo miro y pienso en el idiota de Óscar... ¿Por qué no podré quitármelo de la mente?

Soy una romántica empedernida de esas que aún creen en el amor y en poder encontrar a esa persona especial que ilumine tu vida. Durante años pensé que esa persona especial era Óscar. A pesar de sus trastadas yo misma lo idealicé y, la verdad, fue un error. Mi gran error. Pero si de algo estoy segura es de que ya no estoy enamorada de él. He reunido los pedazos de mi corazón y lo he recompuesto, y ahora solo tengo que conseguir que su presencia no me desestabilice.

De pronto Alessandro me apoya contra la pared. Mmmm, ¡me gusta! No habla. Parece concentrado en lo que hace, y yo, que estoy sumida en mis propios pensamientos, lo disfruto. Sí, ¡que no pare! Sus acometidas se aceleran. Noto cómo sus pulsaciones y su respiración se atropellan, y siento que estamos cerca del clímax.

Tras un último empujón en el que él suelta un jadeo de lo más morbosos, lo beso. Qué bien ha estado el momento sexo.

Tras el primer asalto, que ha empezado en la entrada de casa y ha terminado contra la pared de mi habitación, llega un segundo en la ducha de lo más fogoso. Y, tras el tercero en la cama, cuando veo que son las cinco y diez de la madrugada, con diplomacia y salero le hago saber lo tarde que es, y él rápidamente pilla la indirecta.

¡Anda que no tiene tablas el periodista!

Minutos más tarde, después de intercambiar nuestros números de teléfono, que hasta el momento no teníamos, y de que este se pida un taxi, nos damos un rápido beso de despedida de esos sin compromiso y nos decimos adiós. Otro amiguito más que va para mi *chorboagenda*.

Una vez que se marcha y cierro la puerta de casa, sonrío. Pero entonces me acuerdo de Óscar y maldigo... ¿Por qué sigo pensando en él?

Como cada noche, tras lavarme los dientes, cojo a *Tigre* en mis brazos y, juntos, nos metemos en la cama, donde nos arropamos con mi precioso edredón y nos quedamos dormidos. Bueno, *Tigre* antes que yo..., y con lo pequeño que es, ¡ronca que da gusto!